

IV
*LA ERÓTICA Y LA PEDAGÓGICA
DE LA LIBERACIÓN **

Todo lo que he dicho hasta ahora, es aún demasiado abstracto. Quisiera mostrarles cómo puede llegarse a un mayor grado de concreción. Quisiera también que advirtieran, si bien todo lo que se ha dicho parece bastante simple, que es sumamente complejo. Si se permanece en el plano óptico o ingenuo, la vida cotidiana, ésta va destruyendo todo lo que hemos logrado pensar. Es necesario que ustedes mediten antes de repetir, sin más, lo escuchado. Hay que rumiar el asunto, porque de lo contrario, muy fácilmente se puede creer que se trata de lo que ya se pensaba en ese sentido, y no es así. La cuestión apunta hacia una dimensión mucho más honda.

a) LA “LÓGICA DE LA ALTERIDAD” CONCRETA

Estas conferencias son programáticas, de manera que se trata de cuestiones que se pueden precisar mucho más acabadamente. Más tarde advertirán hasta qué punto estas cuestiones exigen precisión. En esta cuarta conferencia, nos referiremos a lo que llamo “La erótica y la pedagógica de la liberación”.

El cara-a-cara abstracto

¿Por qué erótica y pedagógica de la liberación? , porque la relación “cara-a-cara” de la totalidad con la alteridad, todavía es abstracta; es de cualquiera ante cualquiera, como tal no es aún nada concreto. Pero de hecho, hay una relación concreta: el rostro de uno ante el Otro. Voy ahora en cambio a tomar el

* Conferencia dictada el 23 de noviembre de 1972.

rostro de un varón y el de una mujer, como ejemplo. Esta relación varón-mujer es lo que llamo la erótica.

La erótica es, sin embargo, sólo una de las posibles relaciones; las otras dos son la pedagógica y la política. Estas tres relaciones se condicionan unas a otras en un doble sentido. Es decir, se puede comenzar por la erótica y considerar cómo condiciona a la pedagógica, y ésta a la política, y la política a la erótica o al revés. Se podría empezar por cualquiera de ellas. La manera que elijo para empezar es la que se me ha ido imponiendo como la más clara para comprender el discurso. Lo explicaremos detalladamente, pero antes quiero mostrar, nuevamente, lo que llamo “la lógica de la alteridad” o el discurso de este proceso en su pleno despliegue.

El cara-a-cara concreto: la relación varón-mujer

Varón-mujer, rostro-ante-rostro. A propósito, hay una obra titulada *El cantar de los cantares* que dice: “Bésame con los besos de tu boca...” Es en el beso cuando el rostro de alguien se hace rostro para el Otro. El beso es la concreción primera de la erótica, aunque lo pleno de la erótica es el coito, el acto sexual. Ese es el cara-a-cara erótico. Para los hebreos, cuando un varón amaba a una mujer la “conocía”, era un acto sagrado porque era justamente el cara-a-cara. Pero ocurre que la mujer no es respetada como otro por el varón, sino que desde hace milenios, entre los indo-europeos, los semitas y ciertamente en América latina, a la mujer se la hace cosa dominada por el varón. El varón domina a la mujer; ése es el tema de la opresión de la mujer y, a su vez, el de una sociedad machista en la que la mujer no tiene lugar. A tal punto no tiene lugar que, por ejemplo, no hay filósofas, porque todo ha sido pensado desde el “machismo”. Ortega llega a decir que “el ser de la mujer es ser vista por el varón”. Si el ser es ser visto, quiere decir que en la totalidad varonil la mujer juega el papel de objeto, de cosa, constituida desde un mundo varonil. Cuando Descartes dijo: *Ego cogito* (yo pienso), ese “yo” es el de un varón. No es jamás el de una mujer. Hasta desde el punto de vista psicoanalítico se puede ver en las obras de Descartes que es el “yo” de un varón. La mujer que pretenda pensar esas

categorías no las puede pensar como mujer; por esto no hay filósofas. Solamente una mujer que se haga cuestión ontológicamente de su femeneidad, partiendo de su opresión, y jugándose por su liberación, podrá comenzar a filosofar.

El varón domina a la mujer y, en la totalidad varonil, la mujer cumple entonces la función de parte. En el caso de que la mujer se liberara, como exterioridad con respecto al varón, sólo entonces se daría el cara-a-cara en la libertad.

La relación padre-hijo

Sin embargo, el cara-a-cara en la libertad puede nuevamente totalizarse en la pareja que llamaría hedónica; en la totalidad de la casa se cierra a un nuevo otro. El nuevo otro más allá de la pareja, que es negado, es el hijo. El hijo si es negado es alienado en la totalidad de la pareja y esa pareja lo domina. Al hijo se lo puede dominar de muchas maneras: no teniéndolo, asesinándolo, (aborto, por ejemplo); teniéndolo y educándolo en una pedagogía dominadora. De este modo entramos al problema pedagógico.

La pedagogía dominadora, en síntesis, es querer que el hijo sea “lo mismo” que los padres. En este caso el hijo queda también reducido a ser un objeto de depósito bancario de la pareja, de la tradición, de la cultura o del Ministerio de Educación, que es “lo mismo”. El hijo dominado es totalizado dentro del sistema. Por ello es necesaria una liberación pedagógica. Esta se da cuando el hijo, desde sí mismo, crece y es otro que los padres. Ser otro que los padres es ser un hermano y es por eso que ahora, solo ahora, se da la relación hermano-hermano, la relación política.

La relación hermano-hermano

A su vez, también al hermano se lo puede totalizar; esa totalización del hermano es la dominación política. Esta será la última en la exposición, porque, a su vez, la dominación política permite un condicionamiento pedagógico y erótico.

Los hombres dominan políticamente a la mujer, la mujer

políticamente dominada es a su vez dominada por un varón. El varón domina al mundo y la mujer, “ama de casa”, educa a su hija para ser esclava de su varón futuro y al hijo para ser señor de la sociedad política. De este modo, podemos ver que los tres planos están muy unidos.

Los cara-a-cara, entonces, son: varón-mujer, padres-hijos, hermano-hermano; la *erótica*, la *pedagógica* y la *política*. Hay todavía un último ámbito que es la totalidad última del hombre como historia mundial, la totalidad antropológica. Esta, abierta al infinito, será la Alteridad propiamente dicha. A este cara-a-cara lo llamo: la arqueológica. No lo llamo teología, sino arqueológica. Los filósofos la hemos denominado “teodicea”, es decir, el problema de “lo último” que los griegos llamaban *tò theïon*: lo divino, y que los cristianos con los indoeuropeos llamaron: *Dios*.

Dios, en realidad, es el nombre indoeuropeo de *Diayus*, *Zeus*, *Dius*, que es el “dios del día”. El Absoluto cristiano no es “Dios” porque no es el “dios del día”, sino del misterio más allá de la luz. Pero aunque equivocaron el nombre, quisieron decir: el Otro absolutamente absoluto. Este es el último de los cuatro momentos, de tal manera que habría una erótica, una pedagógica, una política y una arqueológica. Siempre hay una arqueológica. La diferencia está en que se afirme la totalidad como divina o se afirme que lo divino es Otro que la totalidad. Nadie ha dejado de asumir una de las dos posiciones. El ateo es, simplemente, el que ha negado un “dios” para afirmar otro. El ateo, absolutamente hablando, no existe.

Lo importante para el pensar filosófico es mostrar que la asunción o afirmación de una opción al nivel arqueológico, supone una opción erótica, pedagógica y política al mismo tiempo; la antropológica es la epifanía de la arqueológica.

Empezaremos por el primer punto. Pero, antes, tengan en cuenta que voy a resumir un poco las descripciones, porque son tantas las cuestiones posibles a tratar sobre el hombre y su fundamento, desde las ciencias positivas humanas que necesariamente deberá ser sintético. De aquí se pueden sacar fundamentos para problemas psicológicos, médicos, legales, económicos, históricos, etc. Se trata del fundamento de la existencia humana. Veamos el primer punto.

b) LA ERÓTICA LATINOAMERICANA

La simbólica erótica latinoamericana: la mujer india

¿Cómo se podría plantear la cuestión de una erótica latinoamericana? ¿Cómo se plantearía la reflexión -aquí hay una cuestión de método- de la relación varón-mujer, por ejemplo, en América latina?

Y bien, metódicamente, se comienza obteniendo una constancia de cómo efectivamente se ha cumplido esa relación. La mejor constancia o manifestación es la obra de arte; el artista es el que viviendo su mundo lo manifiesta. En concreto, el artista del logos es el literato. Hay obras extraordinarias en América latina y nos sirven enormemente. En este caso solamente voy a explicar la simbólica erótica como ejemplo.

En lo que respecta a la erótica en América latina hay que comenzar a pensar de la siguiente manera: ¿Cuál fue la relación varón-mujer en la América pre-hispánica? Podremos saberlo considerando los grandes mitos y símbolos de los pueblos pre-hispánicos; preguntándonos cuál era la relación entre los dioses y diosas. Según como éstas fuesen, se podrá saber cuál era la erótica del pueblo. Sobre esto hay constancias muy claras. Por ejemplo, la siguiente: en el *Popol Vuh* se comienza el relato por *Alom-Qaholom*: la diosa madre y el dios padre de todo. Es decir, ellos siempre pusieron una pareja -y por lo que he visto en el Museo de Viedma, también lo hacen los araucanos-, una pareja bi-sexual como origen del cosmos. Piensan, pues, el origen como una pareja y, a su vez, piensan primero la mujer y después el varón, porque casi todos nuestros amerindios tienen una estructura parental matrilineal. Ciertamente los aztecas, los mayas, los incas, los chibchas y las grandes civilizaciones son matrilineales. La mujer es para ellos tan importante que un hijo sin madre es un nadie, y solamente la madre es la que da la participación en la familia, por ejemplo, entre los incas. Aquí vemos hasta qué punto la mujer era digna. En todos los textos aparece la prioridad de la madre: “Y vinieron nuestras madres y nuestros padres, nuestras hijas y nuestros hijos”, siempre la mujer primero. La mujer tenía una gran dignidad, porque entre los pueblos agrícolas (no entre los nómadas, pero también a veces entre ellos) la tierra madre es

femenina; también la luna es femenina. Vemos pues que los dioses femeninos tienen una gran relevancia. La mujer tenía un lugar, una presencia enorme en el pensamiento pre-hispánico.

¿Qué representa lo masculino? Lo masculino son los dioses de los guerreros y de los nómadas o no agricultores. Por esto entre los aztecas, al gran dios de la quinta edad del mundo había que inmolarse la sangre de los hombres, porque sin ella el sol se apagaría. El sentido de aquellos sacrificios a un dios masculino tenía como finalidad la defensa del grupo. Pero entre los incas, era todavía más claro este dios uránico masculino; se trataba de *Pachacamac*, que significa el padre de los cielos. Exactamente como Alá de los árabes o Jahvé de los judíos. El Inca Garcilaso escribía a los españoles: “El nombre nuestro de vuestro Dios es *Pachacamac*” y tenía razón; era el gran dios del cielo, más allá del sol. Vemos, entonces, que cuando aparecen los pueblos guerreros, no sedentarios, y conquistan a los agricultores que tienen dioses femeninos, constituyen imperios de preponderancia masculina en cuanto a sus últimos dioses.

Así pues, las mitologías de esos pueblos indican no solamente los procesos de conquistas, sino también la vida erótica cotidiana. Se comprende, entonces, que la preponderancia de los dioses masculinos, tenga que ver (entre los mayas e incas, por ejemplo) con la ofrenda de las vírgenes.

Las vírgenes de aquellas casas de consagradas de Cuzco eran dedicadas para ser mujeres del sol. Se dedica a la mujer al sol, porque el sol es masculino, porque es la presencia guerrera del masculino o del pastor; por lo tanto habían de ser de la sangre real, que era la misma del sol. Vivían en perpetua clausura hasta acabar la vida, guardando así perpetua virginidad. Ellas podían preparar los ungüentos que se ofrecían al sol al comenzar cada día, pero sobre todo el día magno, el 21 de junio. El 21 de junio salía el dios sol para comenzar un nuevo año; pero si un 21 de junio no salía, ello significaba el fin del mundo. El 21 de junio, el día más corto del año, es cuando comienza el sol a crecer en el hemisferio sur. El primer rayo de sol, al salir, atravesaba una pequeña fisura del templo del sol y al llegar al fondo la luz se reflejaba en placas de oro; con el primer rayo de la madrugada, se cubría de luz todo el templo. Entonces, saltaban todos de gozo, porque había un año más de vida para el universo, el imperio y todos los incas.

A esta gente le hicieron festejar el nacimiento del sol, que era el 21 de junio, el 24 de diciembre porque en esa fecha los cristianos festejaban el nacimiento de Jesucristo. ¿Cuál es el motivo por el que se eligió en el hemisferio norte el 24 de diciembre? Este día es para los europeos el más corto del año; es igualmente el nacimiento del sol. Era la fecha de una festividad pagana. Los cristianos razonaron así: Jesucristo es el sol de la justicia, pues bien, adoptemos la fiesta pagana; e inventaron la navidad. ¿No es triste que el hemisferio norte haya impuesto al hemisferio sur, en el que nosotros nacimos y vivimos, la fiesta del nacimiento del sol el 24 de diciembre? Eso es dominación religiosa y litúrgica. A estos pobres pueblos que tenían sus religiones se las sacamos y no les pusimos nada en su lugar. Y luego pretendemos negar el catolicismo popular, la Virgen de Guadalupe, “la difunta Correa”¹ y otros cultos de nuestro pueblo. Al menos le queda eso, porque lo que le dimos de poco les vale. ¿Cómo podía comprender, ese pueblo, que se festejara la Pascua, que es la fiesta de la vida, en el otoño, estación de la muerte? En tanto que en la primavera, en septiembre, la religión oficial en el hemisferio sur no dejó celebrar a los indios ninguna fiesta.

¿Ven ustedes cómo se puede llegar hasta la dominación religiosa o simbólica de un pueblo? Al pobre indio le sacaron su religión, poniéndole casi nada en su lugar; después se oyen quejas sobre el fetichismo de nuestro pueblo.

La simbólica puede explicarnos muchos hechos. En una carta del Archivo de Indias del año 1603, se lee lo siguiente: “La fuerza y la violencia, nunca jamás oídas en las demás naciones y reinos, se cumple aquí -esto fue escrito desde Guatemala- ya que son forzadas las mujeres de los indios contra su voluntad, y las casadas contra la voluntad de sus maridos, las doncellitas muchachas de diez y quince años, contra la voluntad de sus padres y madres, por mandamiento de los alcaldes mayores ordinarios y corregidores, las sacan de sus casas, dejan sus maridos, padres y madres sin regalo alguno, privándolos del servicio que de ellas podían recibir y van forzadas -y nosotros lloramos las “cautivas”,² que sólo fueron cuatro o cinco en comparación a éstas que fueron miles- a servir en la casa ajena de algunos encomenderos u otras personas; cuatro, cinco u ocho leguas y más en estancias y obrajes, donde muchas

veces se quedan amancebadas con los dueños de la casa o con mestizos o mulatos o negros o gentes desalmadas.”

La mujer india, la madre, ¿quién hasta ahora la ha recordado? En la erótica latinoamericana es a la india a quien debería ponerse en el lugar de honor.

“Los señores de Tlatelolco, de esta ciudad de México, vinieron a mí -dice Zumárraga- llorando a borbollones. Tanto me hicieron gran lástima y se quejaron, diciendo que el presidente y oidores les pedían sus hijas y hermanas y parientes que fuese de buen gesto. Y otro señor me dijo que el presidente le había pedido ocho mozas bien dispuestas para el señor presidente Guzmán, a las cuales yo dije por lengua al padre Guardián, que era mi intérprete, que no se las diesen.”

Esto es un poco nuestra primera historia. A esa mujer que tenía un lugar digno y sagrado en la sociedad, aunque tuviese que trabajar duro, le era imposible pensar en el adulterio. En el Imperio inca esto no se concebía; si alguien abusaba de una mujer consagrada al sol, no solamente moría él y su familia y su pueblo, sino que también eran infecundizados para siempre sus campos, sus tierras. Sin embargo, jamás fue violada una mujer consagrada al dios sol; nunca en la historia. Tampoco había desprecio por la mujer. Si bien es cierto que el acto erótico no era “tan romántico”, sí era profundamente humano y sagrado. Mientras cuando llegó el español, que casi siempre era un conquistador, no respetó a la india. Pero, casi diría que no la respetó por su lujuria, porque al fin una mujer era lo mismo que fuese española o india para un hombre sin ley.

La mujer criolla

La totalidad española no respetó a la mujer india y la hizo una cosa a su servicio; es la madre de América y del mestizo. Frente a esa brutalidad erótica, surge la mujer hispánica que dice: “Hombres necios que acusáis a la mujer sin razón, sin ver que sois la ocasión de lo mismo que culpáis” -Sor Juana Inés de la Cruz-. En esa época se puede entender esa acusación, hecha por una gran mujer que es libre ante el varón, porque se ha consagrado como virgen y ello le permite descubrir mejor la erótica de la dominación.

Más allá de la india y la española surge una nueva mujer, la mujer criolla y mestiza:

“Yo he conocido esta tierra en que el paisano vivía y su rancho *tenía* y sus hijos y su mujer”, canta Martín Fierro. Es decir, Fierro *tiene* una mujer, como *tiene* un rancho en primer lugar, hijos después y mujer en tercer lugar.

“*Tuve* en mis pagos un tiempo hijo, hacienda y mujer...”

Hay que tener en cuenta que cuando Fierro se va al desierto su mujer tiene que continuar sus trabajos para poder vivir. La mujer se va con otro varón sin saber quién es. Y como dice Fierro, la mujer se torna como “barriga de sapo”, fría; la mujer se vuelve fría porque tiene que pasar de mano en mano para poder vivir. Esta es un poco la historia de la mujer mestiza.

La obra de arte nos muestra nuestra realidad, entre otras, la belleza de la mujer americana. Alejo Carpentier, en su obra *Los pasos perdidos*, nos habla de Rosario como la síntesis de lo que es América. La describe así: “Era evidente que varias razas se encontraban mezcladas en esa mujer, india por el pelo y los pómulos, mediterránea por la frente y la nariz, negra por la sólida redondez de sus hombros y la peculiar anchura de su cadera. Llegaba a preguntarme si ciertas amalgamas de razas menores, sin transplantes de la cepa, eran muy preferibles a los formidables encuentros habidos en los grandes lugares de reunión de América, entre celtas, negros, latinos, indios y hasta cristianos viejos en la primera hora.”

Otro ejemplo nos ofrece Rómulo Gallegos, cuando en *Doña Bárbara* escribe lo siguiente: “Es bonita, un verdadero tipo de belleza criolla, simpática, interesante como alma, compañera de sueño y sin duda útil para un hombre que haya de llevar indefinidamente esta vida de soledad y de asperezas entre peones y ganados. Hacendosa, valiente para enfrentar situaciones difíciles.”

Como ustedes pueden apreciar, de la literatura podemos obtener una visión concreta y latinoamericana -distinta de la europea, africana, o asiática- de la mujer. Tenemos en cambio, muchas dificultades para encontrar en la literatura descripciones del varón. Esto se debe a que la mujer literata no escribe sobre el varón; éste es un signo de dominación. Cuando escriben Silvina Bulrich o Alfonsina Storni, por ejemplo, ridiculizan al varón. Este es el primer gesto del que ha soportado al opresor

y, cuando se vuelve hacia él, no puede verlo como un igual y tratan de burlarse de él. Es una manera irónica de defenderse. Una muestra del grado en que la mujer latinoamericana es todavía dominada, es que no se encuentran descripciones de la belleza masculina hechas por pluma de mujer.

También en la literatura, pueden encontrarse descripciones excelentes del acto erótico, tales como las de Alejo Carpentier o las de algunos otros.

He querido explicar en líneas muy generales, cómo cada uno de los grandes temas de la erótica, la pedagógica, la política y la arqueológica, pueden partir de las obras de arte literarias, para ser interpretada por el filósofo. Esto es la *simbólica*: un interpretar a partir del símbolo.

La dialéctica del eros de "lo mismo"

Luego de la simbólica se da el segundo momento, que es la interpretación dialéctica del proceso. Me referiré al más grande de los primeros dialécticos: Platón.

El Banquete de Platón es un diálogo que ha sido leído y comentado muchas veces; sin embargo, en ocasión de un trabajo de seminario que efectuamos en Mendoza, cuando comenzamos a leer en texto griego lo escrito por Platón, nos admiramos por lo que leíamos. ¿Por qué? Porque Platón dice que el *eros* es "el amor de *lo mismo* por *lo mismo*"; es decir, por "lo semejante". En el principio existía -según Platón- el andrógino, éste era tan fuerte que los dioses tuvieron que separarlo en varón y mujer. Cuando el varón ama a la mujer ama "lo mismo" que era en su origen. El amor supremo se cumple en la *Afrodita celeste*, y la *Afrodita celeste* es para Platón el amor de los iguales por los iguales: la homosexualidad.

Para Platón, el amor supremo es el amor a "lo mismo". Y "lo mismo" es el todo, el *ser* eterno; el *eros* de la totalidad es el amor a "lo mismo". En consecuencia, no puede haber amor a lo distinto, al Otro. Dice Platón que se ama a la mujer y se accede a ella para generar "lo mismo": el hijo. La mujer sólo interesa al varón como mediación para concebir al hijo. Cada hombre es mortal, pero la especie humana es inmortal. Por lo tanto, para que la especie permanezca "lo mismo" es necesario

el hijo para que herede; la mujer es sólo mediación. El hijo es necesario para que sea “lo mismo” que el padre. Observen pues que en esta erótica, considerada tan bella desde siempre, confirma ontológicamente la dominación de la mujer.

En Aristóteles la cuestión es planteada con mucha más claridad. Aristóteles, como ya dijimos, dice que el varón libre es animal político, en tanto que la mujer se encuentra bajo su dominación y no tiene autoridad; por eso es necesario respetar al jefe, al señor de la familia, al varón. Bajo su dominio está, también, el hijo, solo en potencia, y más abajo el esclavo, instrumento a su servicio; y aún más lejos que éste están los bárbaros que equivalen al no-ser. En la erótica aristotélica el varón es la totalidad en la que se incluye, como a su servicio, la mujer. Aristóteles es el más dominador erótico que se pueda pensar; propone una ontología coherente de la dominación de la mujer. Hay que estudiar su *Ética a Nicómaco*, para comprender su ontología de la dominación.

En la Edad Moderna se repite lo mismo. Lean las apreciaciones de Descartes, Hegel y Nietzsche acerca de la mujer y podrán darse cuenta. Nietzsche, por ejemplo, se queja de la gente que está haciendo de la mujer una persona capaz de pensar; ni siquiera se molesta en estudiar a la mujer porque la desprecia totalmente. El eros, para estos filósofos, es el amor de lo mismo por lo mismo y, en el fondo, parte de la mirada. Toda la erótica está siendo descrita desde la mirada, la visión, la luz.

Y bien, podríamos volver a partir desde cero, para descubrir otras posibilidades. La otra posibilidad sería el respeto a la mujer como otra. Entonces, la erótica no convertiría a la mujer en mediación para el hijo; tampoco sería una erótica de la belleza. A propósito, Levinas hace una hermosa descripción del eros, distinto al griego y al moderno. Y es justamente por la descripción del eros, que Levinas comienza a vislumbrar la posibilidad de descifrar la totalidad de Hegel y de Heidegger. Esto, porque la mujer se le manifiesta como la alteridad primera. Lamentablemente, no puedo detenerme en esta descripción, por razones de tiempo.

Pero demos ahora un paso adelante.

La erótica de la dominación

La erótica debería ser la relación varón-mujer en la que la mujer fuera considerada como *otra*; no solamente como igual al varón, sino también como madre del hijo (donde se da la pedagógica) y como hermana del hermano (que sería la política). Estas son las tres posiciones en las que la mujer debe ser liberada: como *mujer* del varón; como *madre y maestra* del hijo y como *hermana*. Casi todo en la mujer ha sido erotizado y con ello se ha destruido su capacidad pedagógica y sobre todo, su capacidad política. Solo aparece como *objeto* sexual.

La mujer debe ser bella y su belleza se comercializa; se erotiza la relación económica: para vender un automóvil, por ejemplo, se presenta la fotografía de una mujer casi desnuda junto al auto. Con ello se erotiza el vehículo y, al mismo tiempo, se lo hace sentir al varón propietario del automóvil y de la mujer. Esto nos muestra, una vez más, al varón dominador como centro ya la mujer alienada como objeto.

Hay cantidad de hechos muy concretos que nos hacen ver la alienación de la mujer, a la que se ha relegado dentro de la casa y se le ha asignado la función de la educación de los hijos; en tanto el varón elude su responsabilidad de padre para marchar solo a su trabajo. Pero desde la puerta de la casa hacia afuera, está el mundo, y ese mundo penetra en la casa a través de los medios de comunicación (televisión, radio, revistas, etc.). El mundo hecho por y para el varón le llega a la mujer de muchas maneras; hasta el momento en que ella se siente impotente, frustrada ante los hijos y el mundo. El varón ha olvidado que él también debería ser algo así como el “amo de la casa”; que también es padre de sus hijos y que la familia debe ser llevada adelante por los dos. Si los dos trabajan, los dos tienen derecho a realizarse; se da el caso de dos estudiantes de medicina que se casan, y al terminar su carrera se los ve iguales, pero a los diez años a ella se le ve obesa, con cinco hijos, y sin haberse realizado profesionalmente; mientras que él es conocido médico. Uno ha triunfado en la vida y el otro ha fracasado.

Estas son las injusticias de la sociedad machista en que vivimos. Se trata, como ven, de un problema ético.

La mujer latinoamericana está dominada, desde la mujer india hasta la de nuestros días, aunque existan algunas excepciones. Esas excepciones, diría yo, confirman la regla.

Hemos realizado una descripción de lo que es la casa. La casa es una totalidad íntima, de ahí que habría una ontología de la casa. Según Levinas, la casa es el lugar del acogimiento; las paredes son la prolongación de la corporalidad. Pero tiene que ser una casa abierta a la alteridad. La apertura de la casa es el trabajo. Aquí surge toda una problemática acerca del significado de la propiedad de la casa como apropiación del propio ser y la imposibilidad de la apropiación de la casa del Otro, que es la acumulación indebida de propiedades. Cuando esto ocurre, yo tengo muchas casas, el Otro está a la intemperie. En este punto -dice Levinas- se plantea el problema de la substancia. La substancia no es una cosa en-sí, sino una cosa apropiada: un mueble o inmueble.

c) LA PEDAGÓGICA LATINOAMERICANA

La relación varón-mujer es la erótica; la relación padre-hijo es la pedagógica. El padre y la madre, en su libertad, deciden tener un hijo; “deciden” tenerlo (aunque a veces viene... y después se lo soporta...). La decisión libre de tener un hijo es un acto supremo. Querer tenerlo es el acto de libertad incondicionada que pone el *ser* del hijo. Es allí donde la alteridad se juega como pro-creación. El hijo, cuando llega a la vida, mira hacia atrás y descubre la libertad de los padres, la nada de su mundo, el origen de su mundo. Es por eso que el Otro es nuestro origen. Pero ese hijo puede surgir como dominado dentro de la casa. ¿En qué consiste la pedagógica de la dominación?

La pedagógica de la dominación

A partir de Platón, el eros es el amor a “lo mismo” y por ello se quiere tener el hijo, porque es “lo mismo”. Platón, cuando considera el problema de las Ideas eternas, señala que el eros no es solamente amor a los cuerpos de hombres y mujeres.

sino que el *eros* es et amor a lo supremo y divino; es el amor a las Ideas (amor a “lo mismo”). El discípulo ha olvidado las Ideas, pero lo olvidado no deja de ser. La tarea del maestro -dice Sócrates- es hacer recordar lo olvidado (reminiscencia), para que “lo mismo” *olvidado* llegue a ser “lo mismo” *presente*. En una frase, que “lo mismo” permanezca “lo mismo”. De tal manera que al alumno se le repetirá, se le permitirá que recuerde (memoria) “lo mismo”, y eso mismo es lo que él ha contemplado como alma entre los dioses antes de nacer.

En realidad, no es así. Lo que pasa es que Sócrates, sutilmente, con sus preguntas, pretende que se llegue a la comprensión de las ideas *griegas* haciéndole creer a su discípulo que son *divinas*. Esto es característico en la pedagogía dominadora; presentar su idea (una de tantas) como única y divina. Esta es, justamente, la dominación.

En la ontología de la totalidad (griega y moderna) el hijo es comprendido como “lo mismo” por el maestro, el filósofo, el político o el padre, quienes producen en el educando “el recuerdo de lo olvidado”. La dominación pedagógica es rememoranza, memoria. De ahí que Hegel termine su obra la *Fenomenología del Espíritu*, diciendo que al fin el saber absoluto es *Erinnerung*; un “ir hacia adentro”, un “recuerdo”.

El hecho de interpretar el saber como recuerdo, como repetición de “lo mismo”, niega la apertura a lo *nuevo* o al futuro histórico. Si el pensar es recordar “lo mismo” ya sabido. ¿Cómo podría darse algo dis-tinto?

La dominación pedagógica latinoamericana

Veamos el caso concreto de América latina. El indio tenía una cultura, una pedagogía y tradiciones propias. Cuando llega el español las considera *nada* y se siente responsable de civilizar al indio dándole lo propio, hispanizándolo. Se le enseña castellano, se lo integra a la ciudad en la que traza calles y cuadras, pretende convertirlo al cristianismo y, de este modo, destruye todo lo que el indio es. Le enseña “lo mismo” que el español *es* y no lo respeta en su alteridad. Pese a que muchos misioneros los respetaron el gran embate de la conquista fue un dominar imponiendo “lo mismo”.

¿En qué consistiría una liberación pedagógica? En primer lugar, en la toma de conciencia por parte del maestro de ser parte de una cultura dominadora.

Este problema planteado en el plano internacional, debe tomar en cuenta que hay un “centro” cultural (Estados Unidos, Europa y otros) y una periferia.³ En la periferia, hay un grupo (somos algunos de nosotros) que constituyeron una oligarquía cultural. Somos -diría Paulo Freire- “oprimidos sub-opresores”, es decir, repitiendo al centro, le enseñamos al pueblo “lo mismo”, ya esto le llamamos “enseñanza obligatoria y ‘gratuita’”. Como si fuera poco enseñarle lo que no le interesa, cómo habríamos todavía de cobrarles.

Esa oligarquía cultural alienada por el “centro”, es la que desconoce lo propio. Cambia el nombre que los indios daban a los cerros y ríos. Para nosotros, el Río Negro es un río que nos brinda agua, mientras que para los indios los ríos eran dioses. Los ríos vistos por los indios tenían más dignidad que los nuestros, estaban llenos de significación humana y simbólica. Somos extranjeros en nuestra propia tierra; estamos desarraigados; así como estamos en ella podríamos estar en otra. Desconocemos lo que es América latina y, más o menos alienados, alienamos a los demás.

Interpretación metafísica de la liberación pedagógica

Cuando digo que liberar al hijo es realizarlo desde su exterioridad, debo hacerme esta pregunta: ¿Dónde estoy situado? Si estoy situado en la élite sub-opresora, tengo una ideología pero no tengo una auténtica cultura, porque mi posición dentro de la totalidad me impide ver lo que es el pueblo oprimido. Por lo tanto, tengo que invertir mi actitud. ¿Quién debe enseñarme? Mis discípulos. De pronto, el maestro que lo sabe todo, se queda desnudo ante su hijo o discípulo y le pregunta: ¿Quién soy? ¿Qué es lo que soy en la historia nueva?

Muchas veces los profesores creen que un muchacho de veinte años es nada. Pero no es así, es una persona con veinte años de historia, con toda una cantidad de actitudes ante el arte, la historia o la política. Actitudes que yo ya no tengo, porque soy más viejo que él. Si no respeto esas actitudes, porque con-

sidero las mías como las únicas valederas, y critico su forma de vestir, el largo de su cabello, su forma de bailar, etc., lo estoy juzgando desde mi mundo y al juzgarlo estoy demostrando que soy un dominador. Si no comprendo el porqué de sus actitudes, debo ofrecerle la cátedra para que me lo explique y convertirme en su discípulo. Se alcanza así la dignidad de maestro, cuando primero se es discípulo de aquel a quien se va a enseñar algo. Al educando no se le puede dar lo que él ya es como otro, sirio enseñarle a descubrir lo que él ya es *críticamente*.

Nuestros cursos deben tener por *materia* lo que el discípulo ya es y por *forma* la criticidad que le permita ser otro que el sistema que lo ha incluido. Sólo así se liberará. El maestro liberador primero aprende lo que el discípulo es y luego le dice críticamente cómo debe ser; tratar de que no se piense a sí mismo como “centro”, sino de que sea otro que el “centro” para crear un nuevo mundo, donde la cultura sea plena y no necesariamente imitativa. Esta es una pedagogía de la liberación como la que sostiene Paulo Freire y algunos otros pedagogos latinoamericanos.

Le pedagogía de la liberación

Esta pedagogía liberadora se vuelve en contra de nosotros mismos, al hacemos pensar que éramos los aristócratas alienados dentro de nuestra cultura ilustrada. Nos muestra que éramos espejos del “centro” y alienados del pueblo. Nuestro pueblo es la única garantía de autenticidad, en tanto que nosotros ya no sabemos en qué somos auténticos y en qué somos inauténticos. Cuando queremos responder desde nosotros, expresamos cosas aprendidas y -como ya dije antes- cuando nos referimos a una obra de arte, mencionamos a Leonardo o Beethoven. No se nos ocurre pensar en una obra de Orozco o en una quena incaica, porque tal vez ni siquiera conocemos su forma o sonido; pero sí conocemos muy bien la música europea ejecutada en piano.

Es triste, pero es real. No sabemos quiénes somos, ya ese pueblo simple que sabe quién es, no lo dejamos hablar; desconfiamos de su palabra, nos burlamos de su arte, envidiamos sus

riquezas y los consideramos vagos que no hacen nada. Lo que ocurre es que negamos sus valores, porque nos sentimos orgullosos de los nuestros y los consideramos únicos. Como alumnos de Universidad, debemos inscribirnos en el curso que más ignoramos y que podríamos llamar “Cultura de la periferia y del oprimido”. Conociendo y comprendiendo esa cultura, recién podemos ser maestros de algo.

La filosofía no es erótica ni política, sino que es pedagógica. El maestro, una vez que ha escuchado la palabra del Otro, sin comprenderla del todo aún, debe aceptarla por analógica semejanza, comprometiéndose. Es decir, acepta esa palabra sin comprenderla del todo y camina sobre ella, de manera que a medida que avanza en el camino del compromiso, va comprendiendo lo que se le ha revelado. Sólo cuando interpreta todo lo que el Otro le ha revelado, sólo entonces puede pensar; así cumple la filosofía su obra. Cuando puede pensar y expresar desde la exterioridad ese pensar unívocamente, sólo entonces se vuelve hacia el centro y le echa en cara toda su culpabilidad. Esa es la filosofía como *apocalíptica*. El que “hablaba delante”, para los griegos era un profeta (*pro-femí*), que no es el que habla del futuro, sino el que habla del presente y descubre su sentido. Es como el filósofo comprometido con el oprimido, que ha llegado a entender la palabra que le fue dicha y camina sobre ella asumiendo el compromiso de la praxis; entonces la puede pensar; y pensada la proclama; y al lanzarla se convierte en filósofo; en maestro del pueblo. Solo entonces es maestro liberador.

Adviertan que con esto he dado una definición de filosofía. Si fuera sólo ontología, en el sentido del que piensa a la totalidad del ser, el filósofo sería cómplice, como lo es el Viejo Vizcacha,⁴ cuando sólo aconseja cómo se sobrevive, se subsiste en el todo opresor. La cuestión es mostrar la necesidad de abrirse camino hacia un mundo nuevo.

DEBATE

Preguntas formuladas por los asistentes al finalizar la cuarta conferencia.

1. *¿Cómo sitúa la violencia dentro de la praxis liberadora de América latina?*

Respuesta: Esto ha sido más o menos aludido, no solamente en lo que se refiere a América latina, sino en general. El hecho de la violencia de la guerra es un hecho muy antiguo. También es un tema muy antiguo, por eso es que Heráclito dijo “la guerra es el origen de todo”. Cuando Marx dice que “la lucha de clases es el origen de la historia”, es heraclíteo. Heidegger también vuelve a Heráclito, y sólo en esto entre Marx y Heidegger no hay ontológicamente o formalmente mucha diferencia (digo esto para los heideggerianos y también para los que no lo son).

La guerra no es el origen de todo, tampoco la violencia es el origen. Sin embargo, la violencia es inevitable, porque el hombre usa su libertad para dominar. Esto es muy distinto, a lo que se dice todos los días, porque si afirmo que la guerra es el origen me sitúo ya en la totalidad. El origen de la guerra es la toma de conciencia de alguien oprimido que inicia un proceso de liberación, y al querer pasar de un orden injusto al orden justo, pone en peligro la estabilidad del dominador. Primero, hay un *amor de libertad* y una *voluntad de libertad* (Nietzsche habla por el contrario de “voluntad de poder”). Esa *voluntad de libertad* no puede dejar de cumplirse en el hombre, porque es el hombre mismo; más aún, se puede demostrar por la existencia de las guerras, la existencia de la libertad humana. Si el hombre no fuera libre, soportarla como los perros o las hormigas la “necesidad” de la especie, y aquietada la totalidad de la especie no habría historia, pero tampoco habría guerras intraespecíficas. La guerra intraespecífica es específica en el hombre; nosotros no luchamos solamente contra los insectos dañinos, luchamos también contra los hombres. ¿Por qué?

Mientras un hombre domina a otro, y el hombre dominado se cree nada, no hay violencia, todo está en paz. A esa paz se la llama “la paz de las aguas podridas”; el agua no se mueve en el estanque, y por ello está podrida. Cuando se pone en cuestión a la totalidad dominadora, el agua comienza a moverse. Por otra parte, si un ladrón roba dinero porque su ideal es “estar-en-la-riqueza”, se me presenta el siguiente problema. El ladrón pone en cuestión sólo un aspecto pero no la totalidad misma. Mientras que el héroe liberador pone en cuestión *todo* el sistema. Cuando surge este tipo de cuestionamiento, la dominación se transforma en represión para no permitir la liberación. Los españoles, por ejemplo, debieron organizar ejércitos para reprimir a los patriotas, a Bolívar, que sustentando la ideología de Miranda pide la libertad de la Nueva Granada. La coexistencia pacífica de los grandes

se da junto a la injusticia pacífica. Cuando el oprimido intenta liberarse, el dominador le declara la guerra y, ante ella, al dominado se le presentan dos alternativas; o se deja matar o responde. Si opta por la segunda, comienza la guerra.

Existen, entonces dos violencias, *éticamente distintas*. La violencia del dominador que es injusta, perversa, y la del oprimido que es justa porque es defensa. San Martín o Hidalgo, por ejemplo, eran virtuosos y “el realista” era el injusto. En las guerras se enfrentan dos hombres, que son héroes para sus respectivas patrias, pero no tienen la misma calidad. En la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, los alemanes (a quienes se los ha pintado como “malos”) ¿por qué luchan? Inglaterra se industrializó cerca del 1775; Alemania comienza a industrializarse en 1890 más o menos y Japón en 1900; Italia después, en 1920. Es ya enorme la industrialización de Estados Unidos, Francia e Inglaterra, cuando Alemania, Japón y después Italia quieren entrar en el mercado internacional. Pero no los dejan entrar, no les dan colonias, no les dan nada; por eso declaran la guerra, para poder entrar en ese mercado. En el fondo, la guerra alemana es la guerra del débil que dice: “yo soy igual a ustedes”. La Segunda Guerra Mundial la ganó Estados Unidos, Rusia, Japón y Alemania, aunque muchos piensen lo contrario, y la perdió Inglaterra. El que más gana, en realidad, es Estados Unidos.

No importa quién ataque primero, a veces puede hacerlo el dominador y otras veces el dominado. Hay que ver cuál ha sido el origen y qué fines persigue cada uno. La violencia viene de *vir*, *vis* que significa “fuerza”, los que temen la fuerza, temen las pasiones, como por ejemplo los budistas. Los budistas dicen que hay que abstenerse de amar, porque cuando uno ama algo, se une a la pluralidad y al unirse a la pluralidad entra en el mal (así también Plotino). Quienes afirman el Otro, no pueden considerar mala la violencia porque la violencia es fuerza. Si yo, por ejemplo, *violentamente* saco un cuchillo de la mano de mi hijo que quiere herir a su hermanita, esa violencia es justa. Es decir, la violencia como las pasiones es indiferente; el asunto es para qué se la usa y aquí está la cuestión.

Ustedes saben lo que ocurrió en las Reducciones jesuíticas. Cuando las mismas comenzaron a producir riquezas, los paulistas venían desde Sao Paulo para saquearlas. Ante esta situación, los jesuitas pidieron almas al rey, pero éste se las negó. A pesar de ello, los jesuitas las fabricaron, los indios aprendieron a usarlas y de esa manera pudieron alejar al enemigo y subsistir. Cuando fueron expulsados los jesuitas en 1767, a los indios los redujeron con armas. Es evidente que el uso de armas por parte de los indios era justo, porque eran los oprimidos.

Lo dicho no significa que todo está permitido, sino que no podemos juzgar éticamente sin analizar primero los hechos y sus causas. Sé que al decir esto me expongo a despertar protestas por parte de ustedes; este problema no es nada fácil, es duro. Las fuerzas son como el amor, buenas o malas según el uso que se les dé.

La cuestión es muy delicada y, por lo tanto, exige una explicación concienzuda que no dé lugar a interpretaciones equívocas.

Querría que nadie se quedara tranquilo, que el tratamiento de esta cuestión nos dejara a todos con cierta intranquilidad; con cierto estado de duda para que nos cuestionemos positivamente. Quien dice que “no se mete”, está metido; al no decir nada apoya al régimen en vigencia. No hay tres, hay dos; o con el actual o con el Otro. Si yo no pienso los problemas políticos a fondo, corroboro lo dado; es inevitable.

2. ¿Qué opina de la guerrilla en la Argentina?

Respuesta: Lo que me pregunta es una cuestión política que, como filósofo, no me compete. Es posible que la guerrilla, en un momento determinado, sea imprudente, pero si yo opinara acerca de la guerrilla en nuestro país, lo haría a nivel de comentarista de café, no como filósofo. Puedo opinar fuera de aquí, como un ciudadano más, pero no puedo hacerlo desde la filosofía. Tendría que ser político, para hablar con fundamento de la conveniencia o no de esta guerrilla. En esto el filósofo debe saber cuándo termina su quehacer. No puede opinar como político o economista, siendo filósofo. Lo que éste puede ofrecer son los criterios para distinguir lo que es éticamente malo o bueno. y si me permiten, sin embargo, querría proponerles un juicio que más depende del “arte militar” que de la filosofía. Me atrevería a decir que hoy nuestros ejércitos son absorbidos por los Estados Unidos para luchar contra nuestro pueblo con el pretexto de acabar con las guerrillas. De esta manera el guerrillero permite que nuestros ejércitos sean dominados por el Imperio por la existencia de las mismas guerrillas. ¿No deberían ser nuestros ejércitos *nacionales* junto al pueblo los agentes de la liberación? ¿No debería influirse para que nuestros ejércitos volvieran a su origen liberador, como los fueron los ejércitos de la emancipación nacional contra España? Sin embargo, es necesario no olvidar igualmente la influencia que tienen sobre nuestros ejércitos las multinacionales que venden armas, y que toman contacto con nuestros ejércitos por sobre los estados dependientes. La cuestión es ardua pero merece el detenimiento del filósofo en algo así como una “filosofía del arte militar” -que incluye, es evidente, una ética de la liberación-.

NOTAS

1 Tradición religiosa popular de la región argentina “cuyana”.

2 En el Plata los indios realizaban ataques a las aldeas (“malones”) y se llevaban algunas mujeres criollas como “cautivas”.

3 Véase en pp. 98 a 102 la problemática “centro-periferia”.

4 Personaje del *Martín Fierro* de José Hernández, maestro popular del gaucho Fierro.